

El

hombre grande y barbudo, que estaba destinado a tener una intensa y cinematográfica vida, se encontraba

abrigado y plácido en el útero materno un 9 de agosto de 1942. Inevitablemente, el protagonista apareció en escena.

Cuando se bisabuela Isolina Argomedo cortó físicamente el cordón que lo unía a Cristina Cucumides, un amorado

Miguel Ernesto llegó a pulirán caliente y se entró al mundo real se confirmó. Clave en una familia donde merodean los oníricos que no mueren, sino que se les olvida seguir viviendo, o donde la continuidad de la sangre por vía masculina es designio de rara.

Este niño de grandes ojos oscuros (que años después los potenciaría en una cámara para registrar "lo bello y lo decisivo", como asegura en su madurez), desde temprano fue un prometedor friso de su árbol genealógico.

Un árbol con tronco griego, de su abuela materna Kristos Cucumides, y palentino, de su abuela paterna Miguel Urán. Con raras trémulas crías, de los Argomedo, habitantes de la tierra, el sol y la lluvia.

Hombres y mujeres de campo. De propietarios en Palmilla, un pueblo en la región de Colchagua, que se conforma con tener un camino, unas cuantas casas y habitantes con voces endógenas.

Antes que Miguel cumpliera cinco años, y cuando aún no nacían sus hermanos Florentín y Cristina, ya había hurgueado entre los grandes libros del saber. Bajo la oneta mirada de la señora Chepa, aprendió a leer, sumar, restar y reconstruir casa y obra a los próceres de la historia de Chile. Dotado con la madurez de sus ses años lo enviaron interno al Instituto Regional Federico Brébaut y luego a los Hermanos Maristas de San Fernando.

Estos colegios le dieron forma a su religiosidad.

—Me identifico mucho con el Evangelio según San Mateo —dice con tanta de estado a la hora del

a la Universidad de Chile.

El ritmo que más le gustó fue la técnica literaria del drama. A los tres meses tenía escritos todos los ejercicios para los exámenes de él y sus compañeros. Su primera obra se llamó "El Natre", un tributo a ese breboje, amargo, sanador y campesino.

—La facilidad de contar lo que vale la pena de ser sabido —confidencia— se debe al hecho de ser diferente. Ya tenía esa cultura, había escuchado los relatos de mis abuelos que llegaron de Beit Sahur, cerca de Belén, de un tío abuelo archimandrita de la Iglesia Ortodoxa Griega, hermano de Kristos quien llegó a Chile después de cruzar los siete mares y que también había estado en un convento. Todo eso me llevó a escribir.

Lo hizo para el teatro, la televisión y el cine. Pese a los múltiples premios internacionales, niega genialidad.

—Junto inquietud y condiciones, —señala poniendo cara de Marlin—.

Un huaco amigo mío de Palmilla me dijo "Lo que pasa, don Miguel, es que usted es muy observativo".

Seguramente le sido eso y no observador. Si uno tiene cosas bellas que contar, lo debe hacer. Vengo de una familia de fabuladores, de viajeros, de aventureros. De los que confundían Palmilla con Palestina, porque en ese tiempo mi pueblo estaba lleno de olivos. Cuando niño, ese era el mundo que me alimentaba. Con las que me leían el Pereda y Julio Verne.

Se entusiasma contando lo que siente al ver la naturaleza, una bandada de pájaros, el que una semilla se convierta en flor. Le basta sentir que son los alimentos del poeta.

Feliz toma de su vaso donde se mezclan un centímetro de whisky, diez de agua y tres cubos de hielo. Palatan los sabores humanos.

—La vida siempre pone diques —recalca suave y serio—, a todos podríamos expresarnos en forma natural, estaríamos más cerca de la felicidad. La vida no se puede terminar en uno mismo ni tampoco puede tener un principio en uno mismo.

Llevar eso al cine es aprehender un instante de verdad, guardarlo para siempre. Eso le apasiona.

—Aunque esos momentos bellos, esos momentos decisivos, esos momentos decisivos —y mueve los brazos como queriendo asilar— ... Me sirven más humano cuando estoy filmando. Eso es la única sensación que tengo del éxito; cuando consigo poner en el celuloide lo que he soñado, o imaginado, o querido.

Eso plenitud, qué proyecto por los ojos y se le pega a la piel, enviro del

Perdió la inocencia con *El Chacal de Nahueltoro* que filmó a los 26 años. Dos décadas después, reconstruye un pedazo de historia junto a la figura de Sandino. Director de cine, escritor de obras de teatro, guiones y una novela, "necesitaría vivir 400 años para hacer todo lo que quiero".

Este colchagüino penetra a mundos visuales, olfativos, táctiles, sonoros, gustosos, para contar desde sí y junto a otros: "Mi familia es de fabuladores y viajeros".

Cristiano, recurre al Evangelio según San Mateo. Borra los problemas gracias a su "retaguardia amorosa". Vive la "felicidad crítica" convertido en un espíritu inconforme. Sobrellevó el exilio con recuerdos, "último recurso al que puede aferrarse un ser humano".

Por OLGA ARAYA CESPEDES.

Foto: J. L. L. / Contraste / Contraste

Miguel Littin [artículo] Olga Araya Céspedes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Littin, Miguel, 1942-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Miguel Littin [artículo] Olga Araya Céspedes. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile